

# Mauricio Achar y la pasión por los libros

Ignacio Solares

Para María Aline



Creía, de veras, que si la humanidad podía salvarse, sería por los libros. Detrás de su agudo sentido comercial y de su implacable rigor como comerciante, se escondía un verdadero idealista. Incluso, creía que ese idealismo era el que lo había convertido en el mejor librero que haya tenido nuestro país.

—Un hombre se hace hombre al empezar a hablar y al empezar a leer un libro —decía, convencido del sentido altruista de su trabajo.

Por eso no sólo vendía los libros, sino que los regalaba y hasta permitía, en ciertas ocasiones, que se los robaran. En una entrevista de hace unos años, le contó a Pepe Gordon:

—Un encargado me dijo: “Señor, hay una jovencita que acaba de meter dos libros a su bolso de mano. ¿Qué hacemos con ella?”. Le pedí que la trajera a mi oficina. Llegó muy nerviosa. La obligué a abrir el bolso y

mostrarme los libros que intentaba robarse. Eran *Breve historia del tiempo* de Stephen Hawking y *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa. Me preguntó tartamudeante qué íbamos a hacerle. Le dije que íbamos a avisar a la policía y se soltó llorando. Me dio pena y le dije que estaba bien, que no avisaríamos a la policía, pero que debía pagar los libros. Con mano temblorosa abrió el monedero y sacó unos billetes. “Los pago, pero tiene usted que hacerme un muy buen descuento porque traigo muy poco dinero.” Accedí a que se los llevara sin pagarlos, pero antes la obligué a reflexionar sobre el significado de su acto: qué sería de nosotros los libreros si dejáramos que la gente se robara los libros. ¿Cómo íbamos a sobrevivir? Volvió a llorar, me pidió perdón y me ofreció regresar los libros apenas terminara de leerlos, lo que hizo unos días después. Luego, cada vez que iba a la librería pasaba a saludarme, yo le regalaba libros, platicábamos... y en alguna ocasión el encargado volvió a pescarla robándose un libro, pero le dije que ya no le dijera nada. Una lectora tan apasionada merecía que le diéramos una especie de beca.

Esta anécdota lo pinta de cuerpo entero. Estaba convencido de que con cada libro que vendía o regalaba o permitía que le robaran, le hacía un bien a la humanidad. También por eso apuntaba cualquier anécdota al respecto y luego algunas de ellas aparecían estampadas en las bolsas de la librería.

Le gustaba pensar que, en efecto, la gente podía cambiar —incluso enloquecer o santificarse— a través de los libros...

Como aquella de: “No te resignes a pasar la noche solo. Compra un libro en Gandhi”, que se deriva de una frase de Balzac: “Una noche de amor es una novela perdida”. O mandaba regalar libros a los reclusos porque creía que los delincuentes dejarían de serlo —o lo serían menos— si leían cierta literatura. Recorría su almacén —entre más de doscientos mil volúmenes—, con una fascinación contagiosa por los libros ahí reunidos. Decía que le gustaba “cachondearlos”, aspirar profundamente su fragancia al hojearlos, en especial los más viejos —algo no muy aconsejable para la salud, por cierto—, tropezarse con ellos, sentir que podía quedar sepultado bajo ellos. Creía, de veras, que había un libro reservado para cada uno de nosotros, en el cual encontraríamos la clave de nuestra vida. Por eso a la lectura sólo podíamos acercarnos por placer y nada más que por placer. Me descubrió una frase de Borges: “Jáctense los demás de lo que han escrito. Yo me jacto de lo que he leído”. Y con orgullo, mientras metía los dedos en su blanca barba rizada de profeta, agregó:

—Yo, por lo menos, me jacto de los que he vendido.

Le gustaba pensar que, en efecto, la gente podía cambiar —incluso enloquecer o santificarse— a través de los libros, como Don Quijote, Madame Bovary o San Ignacio de Loyola. Le encantaba un cuento de Chejov en que un comerciante hace una apuesta con un banquero —por una cifra millonaria— de quedarse encerrado en su estudio durante un año sólo leyendo, y al final ya no le interesa cobrar la apuesta y sólo quiere continuar encerrado para seguir leyendo.

Unos cuantos días antes de desaparecer de forma tan sorpresiva, nos confesó, a nuestro común amigo Jorge Velasco y a mí:

—Acabo de releer un libro que ya me preparó a morir.

Y aún agregó:

—Tenía que ser una relectura y en este preciso momento.

Pero la otra cara de la moneda también le fascinaba:

—La gente llega aquí, compra un libro, se lo lleva a su hogar..., y lo que en realidad mete en ese hogar es a “la loca de la casa”, como llamaba Santa Teresa a la ima-

ginación. ¿No es la nuestra una labor encomiable?

Con la UNAM —y gracias también al apoyo de Germán Dehesa— hizo realidad uno de los proyectos que más lo entusiasmó: “Un Metro de libros”, porque creía que con los libros había que tropezarse, y que cada vez debían costar menos. Meter a “la loca de la casa” a los hogares a como diera lugar.

No le gustaba que se relacionara a las librerías con lugares solemnes y sagrados sino, mejor, con casas de juego o de plano con burdeles. Había que acabar con el temor que tanta gente tiene a entrar a una librería. En esa misma entrevista que le hizo Pepe Gordon, agregó:

—Hay gente que no entra a las librerías porque supone que si compra un libro “a la fuerza” va a tener que leerlo, cuando que

una biblioteca debe ser un simple proyecto de lectura placentera y no una obligación. Además, suponen que los libros son muy caros. Por eso he aprendido a hacerme yo mismo la competencia vendiendo libros en la calle. Porque esa gente que le tiene miedo a los libros, si los ve baratos en la calle, seguro los compra. Y si lo lee, va a regresar por otro, y en una de esas encuentra un libro que ya no le permitirá seguir siendo la misma persona.

Es cierto, mi querido Mauricio, con tanto libro que vendiste, regalaste, te dejaste robar, lograste que mucha gente no siguiera siendo la misma. Por eso el mejor homenaje que podemos rendirte es continuar tu labor, seguir creyendo en el libro como el gran instrumento para ser mejores seres humanos y recordarte, de paso, cada vez que abramos uno. ■

